

maquinalmente por el *faubourg Saint-Honoré* y se encontró, de pronto, ante una oficina de correos. Entró, pidió un telegrama cerrado y, de pies delante de uno de los altos pupitres y con la pluma de torcidos puntos mojada en el fangoso tintero que sirve á los hombres de negocios, escribió : « Se ha producido esta tarde un altercado entre su marido de usted y el coronel Redel. El duelo parece inevitable si usted no se interpone. Una amiga se lo advierte. Obre usted pronta y enérgicamente ». No firmó y apenas se tomó el trabajo de desfigurar su letra. Pegó el telegrama, le pasó á través del ventanillo de un empleado y salió. Una vez en la calle se sintió calmada y pensó : He prometido al coronel no decir nada, pero no he prometido no escribir. Y, después, poco me importa ; era preciso advertir á Enriqueta y librar á Redel. Ahora, veremos qué resulta.

VIII

A la hora acostumbrada, la señora Mossler estaba ocupada en su saloncillo, con Eliphas, en distribuir las limosnas diarias, cuando entró un criado y en una bandeja de plata entregó al Ministro de la caridad un papel sucio que tenía trazadas con lápiz algunas líneas. Eliphas tomó la misiva, la leyó, con la indiferencia de la costumbre, y en seguida la arrugó y la echó á la chimenea.

— ¿Qué es? preguntó la señora Mossler, ¿una petición de socorros?

— No, señora; una petición de audiencia.

— ¿Tan solemne?

— Más aún; amenazadora y con síntomas de *chantage*.

— ¿De quién?

— Del hombre á quien usted socorrió contra mi voluntad, hace unos meses.

— ¿Cuál? Entre tantos, no es fácil...

— Un llamado Bouscarés.

— Creo recordar; un meridional que había hecho no sé qué descubrimientos y que iba á realizar una fortuna en ocho días si se le ayudaba.

— Un trapisondista marrullero. Se le ha ayudado y no ha realizado absolutamente nada, pero anuncia que conoce un secreto que interesa al honor de su familia de usted.

La señora Mossler apretó los labios y frunció el entrecejo. Cuando se hablaba del honor de su familia, pensaba instintivamente en Valentín y sentía una ligera inquietud. Aquel era el punto negro de su horizonte y siempre estaba temiendo una mala noticia.

— ¿Qué conviene hacer? dijo á su confidente.

— Cerrar á ese hombre la puerta. Si le escuchamos, no será fácil desembarazarse de él. Ya ve usted lo que sucede por haberle recibido una vez.

— Pero, ¿y si sabe realmente algo importante?

— Que se lo guarde.

— ¿Y si no se lo guarda?

— Se le envía un comisario de policía. Esos bribones tienen siempre bastantes pecadillos en la conciencia para que la intervención de un magistrado sea para ellos decisiva.

— Sea, pero guarde usted sus señas por precaución.

— No estaban puestas en el papel.

La señora Mossler quiso rogar á Eliphas que las hiciera preguntar, pero temió indicar sus inquietudes y se calló. Sin embargo, aunque Eliphas no había encontrado las señas en el papel, no le costaba gran trabajo averiguarlas, porque tenía en su casa un archivo muy ordenado en el que todos los mendigos de profesión tenían su expediente, como los bandidos en la prefectura de policía. No practicaba aún la antropometría, pero no hubiera hecho falta gran esfuerzo para decidirle. Amaba á los pobres, pero odiaba á los falsos necesitados y con maravilloso olfato descubría á los farsantes que imploran la caridad, con lágrimas en los ojos para su pobre mujer moribunda, mientras ésta les espera en la taberna de la esquina, dispuesta á brindar con un buen ajenjo á la salud del tonto que paga el precio del trinquis.

Al irse á su casa para almorzar, después de haber dejado á la señora Mossler, pensaba en la confianza de Bouscarés y, más cuidadoso de lo que había aparentado ante su antigua amiga, se propuso adquirir noticias exactas sobre las relaciones que pudieran existir entre el conde de Coutras y aquel pobre diablo. Acaso no se trataba de una vana amenaza hecha á la mujer rica, medio clásico que da siempre resultados con las personas timoratas ó que tienen alguna mancha oculta. Los

del *oficio* le llaman « el golpe de sonda. » Si la persona sondada da señales de inquietud, es evidente que en el fondo de su conciencia hay un rincón misterioso que conviene registrar. Por eso, como hombre de experiencia, Eliphás aconsejó la táctica desconcertante de no hacer nada y callarse.

Pero esto no impedía tomar los informes necesarios. Llegado á su despacho, el viejo abrió un legajo señalado con la letra B, y buscó el expediente Bouscarés. Le encontró sin dificultad y le ojeó buscando las señas de su casa. Éstas habían sido sucesivamente: calle de las *Enviérges*, 17; pasaje *Raoul*, 2; calle *Popincourt*, 103; calle *Aumaire*, 9; calle *Ramey*, 26...

El ministro de la Caridad cerró el expediente. Una luz repentina acababa de esclarecer los tenebrosos manejos de Bouscarés. ¿No era en la calle Ramey donde el conde había sido encontrado en coloquios con aquella muchacha á quien su padre, su hermano ó su amante habían obsequiado con una bofetada? El *chantage* se dibujaba con una precisión absoluta y « el honor de la familia » debía estar amenazado por el individuo que interrumpía las citas del señor de Coutras. ¿Qué tenía de serio la amenaza y, sobre todo, qué había en el fondo de este asunto? Esto era lo que importaba saber. Era peligroso que la señora Mossler recibiese á Bouscarés, pero no importaba que el señor Eli-

phas fuese á casa del meridional. Iba á ella con tanta frecuencia ó enviaba sus dependientes, que una visita más no podía comprometer á nada.

Se puso, pues, en camino á eso de las dos, y con su aspecto de empleado de ministerio, el paraguas bajo el brazo, su grueso levitón y su sombrero despeinado, subió la empinada cuesta de la colina de Montmartre y llegó á la casa que habitaba Bouscarés. En el estrecho descansillo del cuarto piso había dos puertas. En una se veía esta indicación escrita con yeso: « Chabassu, corredor de piedras finas. De nueve á once y de tres á seis, tirad con fuerza de la campanilla. » En la otra había una tarjeta clavada, que contenía estas palabras: « Bouscarés (Mario), ingeniero. »

Eliphás golpeó ligeramente con el puño del paraguas la puerta de Bouscarés. Se oyó el ruido de unas chinelas que se arrastran y apareció el ingeniero en persona, rodeado de una nube de humo de tabaco. Al reconocer al señor Eliphás retiró la pipa de la boca y su cara de aburrimiento tomó una expresión de obsequiosa alegría. Se inclinó profundamente y dijo:

— ¡ Oh ! señor; sírvase usted pasar. No esperaba tan pronto su visita.

— ¿ Pero usted la esperaba ? replicó con aire de arrogancia el señor Eliphás, penetrando en un có-

miedor y cocina, todo en una pieza, de repugnante suciedad.

— Creía que mi carta interesaría á mi generosa protectora.

— La señora Mossler no sabe nada de tal carta. La he abierto yo, como las demás.

— Pero, siéntese, mi respetable señor, dijo Bouscarés presentando á Eliphas una silla desfondada.

— Es inútil. No he de estar más que un instante. Vengo á advertir á usted, solamente, que ha emprendido un juego que puede privarle de su socorro mensual... Si es eso lo que usted se propone, puede empezar por decirlo...

— ¡ Yo! protestó el meridional; yo, que sólo obro en interés de mi bienhechora... Yo, que, por casualidad, soy dueño de un secreto que, sin mi intervención...

— ¡ Suprima usted los discursos! interrumpió rudamente Eliphas. Sé de qué se trata. ¿ Me cree usted tan mal enterado? ¿ Soy yo hombre de intimidarse por sus habladurías?

— ¡ Ah! señor, no se trata de mí... No soy más que un intermediario adicto...

— ¡ Adicto! ¿ Á quién?

— Á mi generosa protectora, de la que espero que en estas circunstancias, cuando he salvado su tranquilidad con un celo que sólo Dios sabe....

— ¡ Nada de discursos! repitió Eliphas. Al grano...

— Pues bien, el grano es este. Mi vecino, el honrado señor Chabassu, tiene una hija encantadora y menor de quince años...

Al decir estas palabras, Bouscarés hizo una pausa y lanzó á Eliphas una mirada significativa. Éste no pestañeó. Para conmoverle hacían falta pruebas, convencido como estaba de lo que valen las palabras.

— Menor de quince años, repitió el ingeniero.

— Lo he oído; adelante, dijo fríamente Eliphas.

— Chabassu posee la prueba de que el conde de Coutras ha seducido á la muchacha. El conde ha enviado á la joven Matilde, en ausencia de Chabassu, una de las Celestinas más conocidas de París, y esta mujer ha cometido la imprudencia de dejar en casa de mi vecino una tarjeta del señor conde, en la que éste había escrito de su puño y letra la dirección de la niña y sus señas... No quiero decir á usted todo lo comprometedor que es esta connivencia del hijo de la señora Mossler con la corredora Blanchart para corromper una menor... Hay que reconocer que este sería un feo negocio. Pero no es eso lo grave; los peligros son más serios.

Eliphas, que esperaba una historia de este gé-

nero, había escuchado impasible; pero la imprevista conclusión de Bouscarés le causó una sorpresa que no pudo ocultar.

— ¡Cómo! ¿Qué peligros más serios puede correr el señor de Coutras?

— El más serio de todos, señor; el de la vida.

— Usted se burla, amigo mío, dijo Eliphás.

— Nada de eso. Va usted á darse cuenta de todo en un instante. La pequeña Matilde, muchacha honrada hasta ese momento, es novia de un pariente suyo, joven y vigoroso mancebo de veinticinco años, limpiador de metales. La pasión de ese joven por la muchacha es verdaderamente rabiosa; es verdad que la chiquilla es un milagro de belleza, capaz de hacer pecar á un santo... Usted mismo, señor, no la vería sin quedar turbado... La siguen por la calle y no pasa día sin que algún caballero respetable suba hasta aquí, para bajar rodando la escalera, porque el viejo Chabassu no admite chanzas... ¡Es el honor mismo, ese hombre! Pues bien, hace un año ha decidido dar su hija por mujer á Emilio Ravet, que así se llama el novio de la chica, comprendiendo que sería difícil de guardar, en Montmartre, una Venus como su Matilde, cuando pasase de los diez y seis años. Pero hete aquí que el otro día, al volver de su taller, la muchacha deja caer ante su padre una cajita de tafíete, de la que Chabassu

se apodera, y en la que encuentra un par de pendientes, de brillantes, que valían, lo menos, seis mil francos... No hay que contarle nada sobre esto; es corredor de alhajas. Interroga á su hija á puñetazos... Ella chilla, pero no confiesa... y entonces el padre finge apaciguarse y no habla del asunto, pero encierra á su hija, advierte á Ravet y se ponen ambos al acecho. No habían pasado dos días cuando el señor conde de Coutras se dejaba coger hablando con la chiquilla delante de la casa. El tal Ravet, que estaba emboscado en la taberna, cae sobre su novia y sobre el galán, pero en este punto bueno es confesar que encuentra la horma de su zapato, porque se retira con un ojo hecho una lástima, como no se había visto en la calle de Ramey, donde hay, sin embargo, especialistas en puñetazos... Desde ese momento en el cuarto de al lado se pasa una vida infernal y andan listos los golpes de la mañana á la noche. La chica quiere escaparse con el conde, que encuentra medio de verla no se sabe cómo. Ravet ha jurado que matará al conde de Coutras, y Chabassu habla de llevar el asunto á los tribunales... Yo he conseguido calmar hasta hoy esos exagerados ardores. He obtenido de Matilde que se esté tranquila, de Ravet que no haga uso de su puñal y de Chabassu que contemporice... Y en este punto estamos. Si usted no cree, mi querido y respetable

señor, que he servido fielmente los intereses de mi bienhechora, será para desanimarse de impedir catástrofes.

Bouscarés se detuvo, no para tomar aliento, pues hubiera hablado todavía durante una hora, sino para saber lo que Eliphas pensaba de su diplomacia. Se colocó en actitud interrogante y esperó. Eliphas enseñó á Bouscarés un semblante tranquilo y exento de toda impresión, y con acento indiferente dijo :

— Bueno ;¿ y dónde va á parar toda esa charla?

— ¿Cómo charla?

— Sí; ese folletín de portería... ¿Piensa usted que me conmueven semejantes historias? Conozco ese género y no me dejo coger por la niña pura, ni por el amante celoso, ni por el padre justiciero... Todo eso está muy usado, amigo, y no se cree ni en provincias...

— ¡ Cómo que no se cree ! ¿ Quiere usted ver á la muchacha? ¿ Quiere usted ver al padre? ¿ Desea usted que le presente á Ravet?

— ¿ Con su puñal?

— ¡ Ah! señor; es usted demasiado incrédulo y lo siento por la señora Mossler... ¡ Ocurrirá una desgracia!

Eliphas levantó la frente y fijando la mirada en Bouscarés dijo de pronto :

— ¿ Cuánto por evitarla?

El meridional cambió de actitud y se puso preocupado y frío.

— Como usted comprenderá, yo no sé lo que habrá que ofrecer...

— No ofrezco nada. Deseo saber, por curiosidad, las exigencias que pudieran producirse.

Bouscarés no respondió á la pregunta de Eliphas, como es regla primordial de estos tratos, y habló de otra cosa.

— El único medio de impedir un desenlace trágico, sería alejar á Ravet con su novia... Ellos se casarían en el extranjero, si querían... Pero lo importante es desembarazarse de ellos... Le aseguro á usted que Ravet es capaz de hacer una que sea sonada... Está herido en su amor y en su ojo, es decir, en su vanidad, ¡ él! ¡ Ravet! ¡ el terror del *boulevard* Ornano!...

— Yo ceía que era obrero... ¿ Se trata, pues, de un ratero nocturno?

— ¡ Oh! no, por cierto. Solamente que, cuando se es joven, ¿ verdad? se divierte uno, baila, disputa, se da de puñetazos, y el que es fuerte y diestro encuentra siempre admiradores que le hacen la corte.

— Y admiradoras que le mantienen... ¿ La joven Matilde es rebelde á esas prácticas?

— ¡ La pobre niña! ¿ Qué sabe ella? Es una inocente...

— Que trata tranquilamente sus asuntos con las señoras Blanchart...

— El padre es un hombre terrible. Hace diez años quiso matar á su mujer, en un acceso de celos, y si no se la quitan de las manos...

— Pero, ¡esa gente!... ¡Eso es un presidio!

— No pretendo presentarlos como ángeles... Por eso son temibles. Una vez pagada una suma, se estará libre de ellos, creo, para siempre. Aquí están en la miseria. Si se les facilita pasaje para América, con medios para establecer un almacén de joyería, en Nueva York, por ejemplo, quedarán muy reconocidos y no habrá nada que temer.

— ¿Lo han dicho ellos?

— No, no. Digo todo esto por mi cuenta, pero yo conozco el corazón humano. La desgracia da experiencia. Yo, en su lugar, no vacilaría, y hasta dejaría á la chica quince días sola en París, como regalo... ¡Una vez que el mal estaba hecho!... Solamente, añadió con gravedad, que habría que dar doscientos mil francos.

Una vez aventurada la cifra, miró á Eliphas y le encontró impasible.

— ¿Qué es eso para mi generosa bienhechora? continuó con calor el meridional. ¿Dejará correr tales peligros á su hijo adoptivo por una miseria, por una verdadera pequeñez?

— ¿Cuánto lleva usted en los doscientos mil francos? preguntó bruscamente Eliphas.

— Yo, señor, nada absolutamente. Yo no obro más que por adhesión á la señora Mossler y para evitarla grandes penas.

— Pues bien, Bouscarés, tranquilícese usted entonces. La señora Mossler no sabrá siquiera que su hijo está amenazado. Y como desde aquí me voy á la prefectura de policía, nada desagradable ocurrirá al señor conde. No diré otro tanto de sus amigos de usted si insisten en su proyecto; me prometo entonces contribuir á su expatriación, pero no por los medios que usted aconseja.

Á esta declaración, Bouscarés permaneció al pronto como aniquilado, pero volvió á cobrar valor y exclamó:

— ¡Señor Eliphas, se equivoca usted! Va usted á sacar á esa gente de sus casillas... ¡La policía! ¡Bonita idea! ¡Cuando debíamos ponernos todos de acuerdo para evitarla! ¡Todo el mundo tendrá que sentir si la policía se mezcla en el negocio! ¡Que es muy sucio, compréndalo usted! Nada de policía... En cuanto haya metido la nariz en el asunto, estaremos medrados...

— ¡Bah! Ya veremos.

— ¡Juega usted la vida del señor de Coutras!

— Le advertiré y no verá más á esa chiquilla.

— Ellos sabrán pescarle de todos modos.

— Tanto peor para ellos.

— Vamos, señor Eliphas ; ofrezca usted una suma, al menos, exclamó Bouscarés desesperado. Acaso transijan...

— Usted me toma por un imbécil. Buenas tardes.

Cuando llegaba á la puerta, dijo Bouscarés :

— Señor Eliphas, si usted odiase al señor de Coutras y quisiera deshacerse de él, no obraría de otro modo.

El acento de aquel hombre era tan sincero, que el viejo se estremeció. Aquellas palabras respondían tan singularmente á su sorda animosidad, que se detuvo un instante y entrevió, en el fondo de aquella superchería, un peligro serio y real. Aunque decidido á no capitular, se propuso tomar medidas de precaución. Salió al descansillo y cuando empezaba á bajar la escalera, Bouscarés, inclinado sobre la barandilla, le gritó :

— Usted lo sentirá, pero ya no será tiempo... ¿ Quiere usted que le deje hasta esta noche para reflexionar?

— No, dijo Eliphas desde el piso inferior.

— ¿ Quiere usted hasta mañana?

— No.

— Estaré en casa todo el día por si cambia usted de opinión.

Eliphas no respondió, porque estaba ya en el

portal. Oyó solamente que Bouscarés se quedaba jurando como un carretero.

Á la misma hora llegaba Valentín á la avenida de Friedland, después de haber almorzado con los dos amigos que le representaban en el asunto de Redel, cuando el lacayo de servicio en la antecámara le dijo que la señora condesa le rogaba que entrase á verla antes de volver á salir. Tal petición entraba tan poco en las costumbres de la señora de Coutras, que Valentín, curioso, entró en las habitaciones de su mujer, sin pasar siquiera por las suyas. Enriqueta estaba sentada en aquel taller que era su pieza predilecta porque en él se sentía más libre de vivir á su gusto. Tenía un libro en la mano, pero no leía. Sus miradas se dirigían melancólicas hacia el mirador de cristales y erraban por las cimas negras de los árboles y por el cielo gris, siguiendo el vuelo de un cuervo que pasaba con lentas y poderosas aletadas. La doncella entró para anunciarla que el señor conde esperaba sus órdenes y Enriqueta se dirigió ella misma á la puerta y la abrió para que entrase su marido. Valentín apareció tranquilo y sonriente, como siempre ; se fué derecho á la chimenea, delante de la cual se colocó para calentarse las piernas, y preguntó :

— Ha deseado usted hablarme, querida mía. ¿ Qué ocurre?